

Colectividad social

Serge Moscovici

I. Masas por todas partes

Una época peligrosa. Aparecerían en tropel por las anchas avenidas grupos de gente vociferando sus demandas de justicia y libertad. Trabajadores con su mono de trabajo portando banderas. Oficiales a los que se distingue por el brazalete y cuya labor consiste en reunir las masas para encauzar la corriente, separando a los viejos de los jóvenes. De vez en cuando un paseante se deja arrastrar, un hombre vestido con su traje habitual, otro con un guardapolvo barato o pantalones blancos apretados. Entonces, inesperadamente, una robusta ama de llaves se acerca por la acera, una bolsa llena de provisiones bajo el brazo, claramente camino de su casa. Andando tan rápido como puede, sin mirar a nadie. La multitud, más densa a cada minuto, se llena de jóvenes y de viejos, trabajadores y curiosos en distinta dirección. Algunos en cabeza con zancadas firmes, otros detrás, más despacio, como las ondas de un río. A través de los altavoces un discurso nos perfora los oídos. Una voz que se entusiasma cada vez más con los aplausos que inspira. La acera rebosando de gente. Un hombre se vuelve hacia una mujer joven: «Vamos, déjate llevar por la gente».

Todos hemos tenido oportunidad de presenciar escenas como ésta docenas de veces. Podría haber tenido lugar en cualquier parte del mundo. Un pintor que la eligiera como motivo podría titular su cuadro *Multitudes expectantes*. Pero ha sido en los últimos cien años cuando hemos visto por primera vez a las masas en acción, gritando a viva voz su rudeza, sus pasiones heroicas o sus sueños: como si viéramos al animal social soltándose de sus cadenas. Muchas pueden ser las causas: las revoluciones, la disolución de vínculos que se habían mantenido durante milenios, una mayor velocidad de las comunicaciones, la mezcla constante de poblaciones y, por último, el acelerado y nervioso ritmo de la vida moderna. Vínculos de colectividad se rompen para reaparecer en forma de inestables y crecientes masas. Por eso la lucha por el control de las masas está cambiando la naturaleza y la conquista del poder. Y por eso ahora somos conscientes de la profunda afinidad entre masa y poder. Esta afinidad nos muestra que, en esencia, la política significa en todas partes una forma racional de explotación de la profunda irracionalidad de las masas: todos los métodos de propaganda, todas las artes para mantener unidas las masas e influir en su pensamiento

por medio de la sugestión, son ejemplo de ello. Se está jugando con las emociones de los individuos, con las memorias de gentes moldeadas en una colectividad uniforme –un proceso que, como sabemos, ha sido coronado con éxito ejemplar en algunos casos. Desconocemos los límites del fenómeno y esto es lo que constituye su histórica novedad.

Pero lo que aún supone mayor novedad es la transformación de los modos de acercarse a las masas. Siempre se ha hablado de ellas, desde la antigua Roma a las Cruzadas, desde las procesiones religiosas a las asambleas en los mercados ingleses. Han sido descritas como una fuerza ciega e incontrolable, una hidra con un millar de terribles o maravillosas cabezas. A la masa se le supone capaz de superar todos los obstáculos, mover montañas o destruir el trabajo de siglos. Pero solamente en el mundo moderno esas masas se han adueñado triunfal y libremente de sí mismas, en medio de instituciones, religiones y tradiciones que se consumen y desaparecen. Gobernarlas desde fuera de modo tradicional resulta imposible. Así, las diversas masas aparecen claramente como la cuasi-física y de hecho única forma de vida colectiva: de ahí la aceptación de expresiones como «sociedades de masas». Al mismo tiempo que el trabajo asume una forma abstracta y uniforme en miles de fábricas, las masas aparecen de forma abstracta y uniforme en miles de ciudades europeas, africanas o asiáticas. La extraordinaria solapadura de numerosas clases de masa dirige nuestra atención hacia una sola criatura: su regularidad y su estructura uniforme son del tipo que transforman un fenómeno en objeto de fantasía. Además, tiene algo del aura de misterio en el que creemos encontrar una mínima explicación de la naturaleza humana. Hoy tendemos a olvidarlo o lo rechazamos, como si estuviéramos liberados de la edad de las masas, pero es un error que puede costarle caro a nuestra generación, tanto como a la anterior o puede que incluso más.

II. Descubriendo una forma de mirar

De los autores que no se han conformado con hablar de este misterio y han intentado llegar al fondo de la cuestión, Canetti es uno de los más fascinantes¹. Volvamos a él constantemente y percibiremos su magnética

¹ *El tiempo que le ha dedicado confirma su temprana dedicación. En ese sentido, Canetti es único. Supongo que sus biógrafos prestarán la máxima atención a la experiencia fundamental de su confrontación individual con la masa, descrita con precisión en sus diarios. Esa precisión está directamente relacionada con el tiempo dedicado por Canetti al estudio del problema de las masas. Además, creo que quienes abordaron ese problema antes que él no habían tenido quizá una experiencia similar, incluso puede que hayan hecho lo posible por evitarla. Esto sin duda explica la ruta por la cual el gran escritor germano aborda el asunto, y también su originalidad.*

atracción durante mucho tiempo. Su obra ocupa una posición única al atender no sólo a las masas sino a la forma de mirarlas. Ilumina el fenómeno en toda su novedad, como lo haría un escultor o un pintor. Lo que logra Canetti (por medio de una serie de análisis y aforismos, una configuración de ejemplos) es demostrar la presencia triunfante de la masa en la vida de cada uno de nosotros. Todo lo que se traduce a palabras en *Masa y Poder* puede leerse sin duda como una teoría, pero en esencia resulta ser la visión de las formas de vida colectiva transmitida por un vidente. Va más allá de la razón, y también más allá del lenguaje. Así hacen los artistas su trabajo, removiendo las más oscuras capas para ofrecer su visión de toda una época. Por eso apenas nos asombra que abrace toda la civilización occidental y que su huella se pueda seguir, como un motivo musical, por todo lo que es típico de su civilización: por cualquier parte nos encontrábamos con ella, pero lo que nos impresiona no son tanto las industrias, rascacielos o la televisión como la génesis de las nuevas masas y del nuevo poder, personificado por venerables y carismáticos líderes llamados a unir a los hombres en una misma visión del mundo y rehacer los firmes vínculos comunales.

Pero volvamos a lo que ahora nos ocupa para considerarlo con mayor detenimiento. Por su vitalidad y extensión, el fenómeno de las masas coge a la mayoría de los especialistas desprevenidos: para unos es un signo de locura o confusión, para otros una desviación transitoria, un accidente en el curso de la historia. Unos y otros se equivocan. El fenómeno se percibe como un medio moderno de defender el orden social contra la revolución bajo el liderazgo de un solo hombre aunque, por otro lado, al actuar bajo el liderazgo de un grupo, las masas podrían introducir un orden socialista y completar el proceso revolucionario.

Para los sociólogos, las masas son el resultado de la fusión de grupos, cancelándose, en ese proceso de fusión, los vínculos comunales o de identidad. Los individuos reaparecen atomizados y dispersados entre las masas anónimas. De ahí la inseguridad y ansiedad del Hombre, que se siente como una bola en un juego llevado a cabo por fuerzas opuestas y desconocidas. Desde el punto de vista de los psicólogos, se anuncia una ciencia nueva consagrada por completo a esta cuestión tan candente: la psicología de las masas, que va directamente a la yugular. «¿Cómo –en palabras de Freud– podemos resolver el rompecabezas de las masas?» La solución hay que buscarla en la afinidad espiritual de los hombres cuando se unen, una afinidad que les transforma y les lleva a aceptar sin pensarlo las opiniones de sus amigos, vecinos o pandilla. Más rigurosamente, la gente que conforma una masa, una vez que ésta les ha devorado y sumergido en una emoción compartida, es capaz de un exceso de júbilo o de pánico, de entusiasmo

o crueldad. Actos que la mente consciente condena y que van en contra de los intereses personales. Todo ocurre como si un alma colectiva hubiera subyugado al alma individual, transformando por completo al Hombre hasta convertirlo en una criatura diferente.

Con la intención de analizar esta metamorfosis, la mayoría de los pensadores desde Le Bon a Freud, desde Tarde a Reich, han examinado los aspectos generales y distintivos de la vida espiritual de las masas. Sus estudios aclaran el significado de las masas a políticos y ejecutivos, que llevan a la práctica sus nuevos conocimientos, como he intentado mostrar al detalle en un estudio². Baste decir que, cuando Canetti contempla el vacilante crepúsculo vienés, la psicología de las masas era la tercera teoría trascendental junto al marxismo y el psicoanálisis. Ésa es al menos la impresión que nos causa la lectura de *El hombre sin atributos* de Musil o su diario paralelo³. Por supuesto, cada una de esas teorías ha seguido desde entonces su propio camino y ha tenido, para bien o para mal, su influencia; pero en aquel momento el dado aún no había sido lanzado. La gente estaba aún en boca de todos los que intentaban explicar la naturaleza de las masas —literalmente en las gargantas, sirviéndose de las armas y el terror una vez que habían alcanzado y transformado el poder. Lo que eran y el efecto que causaban quedó grabado en la memoria del Hombre: cada uno de nosotros puede comprobarlo y dar de nuevo con la imagen de la realidad que obsesionaba a Canetti. Pero su pensamiento es de un orden especial al originarse en dos supuestos básicos. El primero es que el «rompecabezas de cómo se forman las masas» es aceptado totalmente, sin la menor duda o reserva. El segundo consiste en un no menos radical rechazo a la totalidad de la psicología de las masas, como si nunca hubiera existido o nadie hubiera escrito una palabra sobre ella. Estoy exagerando, pero lo creo firmemente: como si estuviera solo en la confrontación con ese rompecabezas, Canetti opta por ponerse en marcha abriendo su propio camino.

Sea cual fuere el significado que le otorguemos (primero) a las emociones y (segundo) al poder del subconsciente, la vida colectiva supone el primer y fundamental contacto. Estoy hablando de un contacto físico, seme-

² Serge Moscovici, *L'Age des Foules*, Paris, 1981. Traducido al alemán como *Das Zeitalter der Massen*, Munich y Viena, 1984.

³ Cf. también en el siguiente pasaje de Jaspers: «Porque el marxismo, el psicoanálisis y la teoría de las masas tienen propiedades singularmente destructivas. Si el marxismo explica toda la espiritualidad meramente como superestructura, el psicoanálisis imagina que se puede entender como la sublimación de conductas reprimidas; lo que entonces podemos definir como cultura se concibe como una teoría de la compulsión. La teoría de las masas nos lleva a un concepto de la historia sin esperanza». Karl Jaspers, *Die geistige Situation der Zeit*, Berlin y Leipzig, 1933, p. 143.